

á la obediencia de Gregorio gran número de castillos y ciudades.

54. No fueron mas felices los cismáticos en Toscana ni en Lombardía. Hicieron una invasion tan repentina en los estados de Matilde, que sorprendidos sus vasallos apenas pudieron reunir alguna gente. San Anselmo, obispo de Luca y director de la Princesa, suplió la escasez de la tropa con el valor que supo inspirarla (1). Tenia tan gran reputacion de sabiduría y de santidad que se creía no poder errar ni dejar de recibir las bendiciones del cielo en las cosas que se emprendian por consejo suyo. En realidad tenia tal delicadeza de conciencia que por haber recibido del Príncipe, aunque con la aprobacion del Papa, la investidura de su obispado, fue á Cluny á abrazar la vida monástica, conservando toda su vida el hábito de monje, y no volvió á egercer las funciones episcopales hasta que se lo mandó espresamente el Papa Gregorio. Fue tal su desinterés que teniendo el mayor influjo con su Soberana vivió siempre pobre y no pensó en enriquecer á los suyos. Desechaba con indignacion los regalos á veces de mucha consideracion que le ofrecian con el objeto de conseguir mercedes de la Princesa. „Si es injusto lo que piden, decia, seré yo cómplice de su injusticia; y si es justo, seria un robo obligarlos á comprar lo que les es debido.”

Envió su penitenciario á los combatientes para darles su bendicion, para absolverlos particularmente de

(1) *Vit. S. Anselm. sæc. VII. Bened. part. 2. pag. 471.*

las censuras en que pudiesen haber incurrido, y para instruirlos de qué modo y con qué intencion debian pelear, á fin de que sus trabajos y peligros sirviesen para la espiacion de sus pecados. Dieron la batalla con tanto denuedo que á la primera acometida volvieron la espalda los cismáticos. Hicieron prisioneros muchos señores, con un sin número de soldados, y cogieron una cantidad prodigiosa de caballos, armas y bagages; pero lo mas asombroso y que se miró como un efecto visible de la proteccion del cielo fue que no podian contarse los cismáticos que habian quedado en el campo de batalla, y que entre todos los católicos no hubo mas que tres hombres muertos, y pocos mas heridos: lo que abatió considerablemente el partido opuesto al Papa Gregorio, y redujo á su obediencia una multitud infinita de penitentes. Para reconciliarlos y suplir en todo lo demás la falta de obispos católicos, que eran muy raros en Lombardía, fue instituido Anselmo legado de la santa Sede en toda esta provincia.

55. Como habia aun mucha fermentacion en Roma y no podia detenerse allí Roberto Guiscardo, aconsejó al Papa que se retirase á Monte-Casino, donde estaria con mas quietud y seguridad. Siguió Gregorio este consejo, y pasó despues de algun tiempo á Salerno, donde se hallaba en la primavera del año 1085, cuando fue acometido de una enfermedad que desde luego tuvo por incurable. Los obispos y los cardenales que estaban á su lado le suplicaron que designase un sucesor capaz de defender á la Iglesia en

el estado de desolacion en que se hallaba; y él les respondió: que la eleccion no podia menos de ser acertada siempre que recayese en el cardenal Didier, abad de Monte-Casino, el cual le sucedió efectivamente, ó en Oton, legado y obispo de Ostia, que fue tambien Papa con el nombre de Urbano II; ó bien en el legado Hugo, arzobispo de Leon. Como Oton estaba en su legacion de Alemania, y Hugo en las Galias, aconsejó principalmente Gregorio que se eligiese á Didier, el cual habia ido á ver al Papa luego que tuvo noticia de su enfermedad.

Como en vista de los principios y de los procedimientos asombrosos de Gregorio habia algunas inquietudes, que no se le pudieron ocultar, acerca de su conciencia y del destino próximo de su alma, levantó los ojos al cielo y dijo (1): *subiré á él, y no cesaré de encomendaros á Dios.* Procuraron sostenerle en esta esperanza con la memoria de lo que habia hecho y padecido por la Iglesia. „Hermanos míos, replicó, de lo que menos caso hago es de mis trabajos. El único motivo de mi confianza consiste en que he amado la justicia y aborrecido la iniquidad.” Le preguntaron si antes de comparecer en el tribunal del Juez Supremo queria usar de indulgencia con aquellos á quienes habia anatematizado, á lo que respondió: „excepto Enrique, Guiberto y sus principales fautores, no menos obstinados que ellos, doy la absolucion y mi bendicion á todos los demás, si creen que tengo esta potestad apostólica.” Inmediata-

(1) *Silg. ann.* 1085.

mente entró en una dulce agonía, y habiendo repetido: *he amado la justicia y aborrecido la iniquidad, por esto muero yo desterrado*, espiró el domingo 25 de Mayo.

Como unos sesenta años despues mandó el Papa Anastasio IV que le pintasen con la laureola y el título de Santo en un oratorio de San Nicolás. En 1577 Marco Antonio Colona, arzobispo de Salerno, halló su cuerpo entero é incorrupto con los ornamentos pontificales. Por fin, en 1584 hizo insertar su nombre Gregorio XIII en el martirologio romano. Las obras de Gregorio VII pintan mejor su carácter que todas las reflexiones que pudiéramos añadir á esta materia delicada. De lo que hemos dicho hasta ahora, ya sea elogiándole ó censurándole, lo que se puede inferir mas juiciosamente es, que si los errores ó las preocupaciones no quitan siempre delante de Dios el mérito de las virtudes, tampoco las virtudes y la santidad son capaces de autorizar los errores delante de los hombres (*).

(*) No puede ocultarse en todo lo que acaba de decirnos el abate Berault acerca del Pontífice San Gregorio VII, el espíritu que anima á la mayor parte de los escritores franceses despues de la célebre declaracion de 1682, y de la promulgacion de sus pretendidas libertades. Prometimos rectificar en algun modo las ideas que esta narracion hace concebir, y creemos no poderlo verificar mejor que siguiendo al muy sabio y piadoso conde de Maistre. „Los historiadores del tiempo de Gregorio VII (dice este ilustre escritor) aun aquellos cuya patria podia hacer inclinar al lado de los Emperadores, han hecho plena justicia al grande Hildebrando. Uno de ellos (Lambert de Archaffembourg) dice, que

56. El famoso Roberto Guiscardo, que habia dado la libertad á este Pontífice, murió poco despues digno de su reputacion y de su fortuna, cuyo único autor habia sido él mismo. Habiendo nacido en Nor-

era un hombre profundamente instruido en las santas Escrituras, y brillante en toda especie de virtudes. Otro (Othon de Frisinga cuyo testimonio no puede ser sospechoso) dice, que en su conducta hacia ver á los hombres todas las virtudes que su boca les enseñaba; y Fleury que, como se sabe, no adulaba á los Papas, no puede menos de reconocer que Gregorio VII fue un hombre virtuoso, nacido con un gran valor, educado en la mas severa disciplina monástica, y lleno de un ardiente celo para purgar la Iglesia de los vicios de que la veía infecta, y particularmente de la simonía y de la incontinencia del clero. Gregorio, pues, no presumia demasiado de sí mismo, cuando atribuyéndose con la íntima confianza de su fuerza, la mision de instituir y regular la soberanía europea, y jóven aun en esta época, y en el ardor de la edad, escribia estas palabras memorables: *Nosotros cuidamos, con la asistencia divina, de dar á los Emperadores, á los Reyes y á los otros Soberanos las armas espirituales que necesitan, para apaciguar entre ellos las tempestades furiosas del orgullo. Es decir, yo les enseño que un Rey no es tirano. ¿Y quién sino él, podria habérselo enseñado?*"

Pero se opone á su santidad y sabiduría que escitó y promovió el choque de las dos potestades. Es cierto que el principio de este choque debe fijarse en el hecho por el que Gregorio VII depuso á Enrique IV, y declaró libres á sus súbditos del juramento de fidelidad; mas, ¿de qué otra manera podia haber procedido el santo Pontífice? El no omitió medio alguno con el Emperador Enrique para no llegar al último extremo: su conducta en sus circunstancias está á cubierto de toda justa censura, y es necesario cerrar los ojos á la luz, ó estar muy poseido de una suma aversion contra los Sumos Pontífices, para acriminarle. En primer lugar, San Gregorio VII tenia el egeemplo de San Gregorio II respecto del Emperador Leon Isáurico, el del Papa San Zacarías consultado por los grandes del reino de Fran-

mandía en la clase de simple caballero sin mas bienes que su espada, su habilidad y su grandeza de alma, dejó á sus dos hijos Rogerio y Boemundo un estado floreciente, siendo respetado de los italianos

cia sobre la substitution de Pipino á Chilperico; suceso en el que se vé el reconocimiento comun de que al Papa tocaba declarar las obligaciones de conciencia de un pueblo cristiano hácia su Príncipe, y los límites de un juramento de fidelidad; el de San Gregorio III, Estévan II y San Leon III, que transfirieron los estados de Italia y la dignidad imperial á la corona de Francia, viendo el abandono que hacia de ellos Constantino Coprónimo. En segundo lugar, el santo Pontífice tenia á su favor el testimonio de todos los buenos católicos, por quienes, segun testifican Mariano Scoto en su *Crónica* al año 1075, Lamberto de Snaaburg, y otros escritores contemporáneos, fue aplaudido su proceder, contándose entre ellos los Santos Anselmo de Cantorberi y Anselmo de Luca.

Es tambien notorio que el santo Papa no procedió á tomar esta determinacion extrema sino con el consejo y aprobacion de muchos concilios; de los que pueden verse en Labbé (tom. 12) el tercero, séptimo, octavo y décimo romanos. La misma autoridad por la que se culpa á Gregorio VII, ha sido egercida despues de él por cinco concilios ecuménicos, á saber: el tercero y cuarto de Letran; el de Leon de 1245, el quinto de Letran, y aun el de Trento hablando de los duelistas. ¿Cómo pues puede acusarse á Gregorio de temeridad é imprudencia? ¿Dónde está la imprudencia en seguir una opinion entonces generalmente recibida, y aun reconocida por los mismos contra quienes se procedia? Padre comun de los fieles, consultado en un caso de conciencia por estos, ¿debía negarles su dictámen ó juicio? ¿qué mejor medio podia tomar, que consultar á un concilio de obispos? ¿que el recurrir á los estados, ó llámese dieta de la nacion, y á los electores del imperio de quienes era el primero y la cabeza? ; Con cuánta mas imparcialidad y moderacion proceden y hablan los protestantes sensatos! Oigamos al célebre Muller: »Gregorio, dice (*Viages de los Papas 1782*), firme y constante

que miraban con zelos sus progresos, infundiendo terror á los sarracenos y haciéndose temible hasta en lo mas remoto del oriente, donde fue de los primeros que ilustraron el nombre francés.

57. Diez meses despues de la muerte del Papa Gregorio murió tambien San Anselmo de Luca á 18 de Marzo, en cuyo dia honra la Iglesia su memoria (1). Estaba desterrado de su iglesia muchos años habia de resultas de la rebelion de su clero que abrazó el cisma de Guiberto y recibió un nuevo obispo de mano del Rey Enrique. Se hallaba en Mántua cuando conoció que estaba cercana su muerte. En medio del torbellino mas impetuoso de los negocios y contradicciones, jamás perdia de vista las verdades eternas. Era tan amado de los buenos eclesiásticos como insufrible á los que no querian revestirse del espíritu propio de su estado. Solia decir que querria mas que la iglesia no tuviese clérigos ni monges que

como un héroe, prudente como un senador, celoso como un profeta, austero en sus costumbres, se aprovechó con valor de las circunstancias de los tiempos: fundó la gerarquía y la libertad del imperio: unió á los eclesiásticos desunidos; sacó del polvo á millares de hombres que no tenían otra fuerza que la palabra; y suavizó el yugo que los francos habian impuesto á las provincias alemanas." Vergüenza da que los enemigos jurados de Roma hayan de enseñar á muchos católicos á venerar y á conocer á sus Pontífices. El que, con un pleno conocimiento del estado del mundo entonces, no ame y respete como un héroe á San Gregorio VII, no ama la Religion. Véase el conde Maistre en su obra del Papa, y Muzarelli opúsculo sobre la vida y hechos de Gregorio VII.

(1) *Vit. S. Anselm. cap. 4. et 6.*

verlos desarreglados. Rodeado en sus últimos momentos de los discípulos que le habian sido fieles, les dió su bendicion, encargándoles que perseverasen en la pureza de la fe y en la santa unidad, despues de lo cual espiró tranquilamente. El autor de su vida, fue su penitenciario y estuvo siempre á su lado por espacio de muchos años, refiere algunos milagros que hizo San Anselmo mientras vivió, y otros en mayor número que se hicieron en su sepulcro. Este santo obispo fue siempre muy adicto al Papa Gregorio, cuyos procedimientos trató de justificar con sus escritos: nuevo argumento de que la santidad de los hombres no prueba nada en favor de la verdad de su doctrina, ni aun de la exactitud de sus racionios. En efecto, ¿cómo se podrá conciliar lo que este santo prelado, admirador de Gregorio VII, y uno de los mas celosos defensores de la autoridad pontificia, dice con motivo de un decreto de Nicolao II, contrario á las máximas de Gregorio: á saber, que Nicolao ni ningun concilio pudieron revocar los decretos de los concilios generales?

58. En vista del voto de Gregorio VII que aun despues de su muerte era decisivo en la Iglesia, se hicieron las mas eficaces y continuas instancias al abad de Monte-Casino, para dar cumplimiento á las intenciones de aquel Pontífice (1). Pero en el espacio de cerca de un año, en que no se cesó de representar á Didier la Silla de San Pedro, abandonada como un navío sin piloto á las tempestades mas peligrosas, no

(1) *Chron. Cass. lib. 3. cap. 68.*

fue posible determinarle á que tomase en la mano su timon. Viendo por último los que estaban encargados de elegir el nuevo Pontífice, que el Antipapa Guiberto se aprovechaba de esta vacante, y que nada se adelantaba con Didier, se valieron de otros medios mas seguros que el de la persuasion. Ya no le hablaron de pontificado, y duró tanto la disimulacion que se le dió motivo para pensar que los electores habian puesto los ojos en otro. Se juntaron despues en Roma los cardenales y los obispos, y llamaron al abad de Monte-Casino, el cual habia prometido que ya que no se creía en disposicion de poder gobernar la Iglesia, la serviria en todo lo demás que dependiese de él. Se puso en camino sin ningun recelo, y llegó el dia 23 de Mayo, víspera de Pentecostes. En el mismo dia se le repitieron las súplicas que tantas veces se le habian hecho sin conseguir el objeto á que se dirigian. Se echaron á sus pies los prelados, y muchos de ellos acompañaron esta demostracion con lágrimas. Pero él se negó invenciblemente á condescender con sus deseos, protestó que jamás consentiria en admitir la dignidad que le ofrecian, y dijo que se encerraria en su monasterio, sin volver á tomar ninguna parte en los asuntos de la Iglesia. Duraron las instancias hasta la noche sin adelantar nada, y los prelados se volvieron á sus casas llenos de desconsuelo.

59. El dia siguiente que era la Pascua de Pentecostes, volvieron todos muy de mañana á hacerle las mismas instancias, pero persistió en su negativa con

tanta firmeza que perdieron la esperanza de vencerle, y faltó poco para elegir al obispo de Ostia, á quien proponia Didier en su lugar. Sin embargo, habiendo exclamado un cardenal que jamás consentiria en semejante cosa, como si fuese inspirada su perseverancia redujo á los demás á su primer designio. Inmediatamente se ponen al lado de Didier los obispos, los cardenales, el clero de segundo orden y los ciudadanos de todas clases, procediendo en esto de comun consentimiento, le cogen por fuerza y le trasladan á la iglesia de Santa Lucía, donde le eligen por Papa segun las formalidades canónicas y le dan el nombre de Víctor III. Le revistieron de la capa encarnada, á pesar de su resistencia, pero no pudieron ponerle el alba. Cuatro dias despues escitaron en Roma tales alborotos los partidarios del Emperador Enrique, que se vió precisado el nuevo Papa á salir de la ciudad, con todos los que se habian declarado á su favor. Luego que llegó á Terracina, dejó la cruz, la capa y las demás insignias del pontificado, sin que fuese posible estorbárselo ni persuadirle á que volviese á ponérselas. Estaba resuelto á pasar en peregrinacion el resto de sus dias, queriendo mas vivir de este modo que aceptar una dignidad tan gravosa. No obstante, se restituyó á Monte-Casino, donde vivió un año entero sin dejarse ver de nadie. Habiendo sido arrojado el Antipapa Guiberto de la iglesia de San Pedro, de la que se apoderó violentamente, fue consagrado en ella el Papa Víctor á 9 de Mayo de 1087, con las ceremonias de estilo, en medio de las aclama-